

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Alejandro Korn

ESPECIAL PARA "VERBUM"

El 9 de octubre de 1936 falleció en La Plata el doctor Alejandro Korn, el primer filósofo argentino, tanto por la calidad de su pensamiento como por ser, en el tiempo, el primero que se consagra enteramente a la filosofía. Al reaparecer VERBUM, los estudiantes de esta casa —de la que Korn fué profesor y decano— renuevan sus testimonios de admiración y cariño por la obra de uno de los talentos mayores de la cultura nacional.

ADMIRADO por la enjundiosa síntesis de sus APUNTES FILOSOFICOS pregunté al maestro:

—¿ Ese estilo conciso, depurado, elíptico, donde no hay citas ni adornos ni digresiones, lo va expresando usted espontáneamente? —

—No —me contestó—. Me cuesta escribir. Las ideas no me llegan solas. Tengo que despojarlas de sus envolturas hasta que quede dicho lo esencial. Es cosa de ir ahondando y puliendo.

Exigencia de sinceridad, de autenticidad, que explica, no ya su estilo literario, sino su total estilo de vida. Alejandro Korn siempre estuvo ahondando y puliendo su propia existencia. Quiso ajustarla a la norma ética que él exaltaba enérgicamente. Y renunció a las falsificaciones sociales con la misma llaneza con que, frente a las cuartillas, renunció a las convenciones retóricas. Por eso lo grandioso en Alejandro Korn es su personalidad. Fué una suerte intimar con ella: era un ejemplo de dignidad, de elegancia, de heroica autonomía. Ni su sistema filosófico ni su obra escrita agotan el valor de la personalidad del viejo Korn. Lo que escribió es una parte, sólo una parte, de su pensamiento teórico. Y aún esta teoría es gris —“toda teoría es gris...”— ante la lozana riqueza de un alma acicateada por urgencias metafísicas, irracionales, activas.

Pero Alejandro Korn no se entregaba fácilmente a los llamados de ninguna mística. Ni se engañaba. Era todo mesura, equilibrio, severa vigilancia. Y aunque por dentro le

tironeaba el mal metafísico, sabía que por ese lado no se llega al conocimiento inteligible. Y excluyó de su obra escrita, con un gesto de suprema probidad intelectual, sus visiones del gran enigma. Si en la conducta lo guiaba una norma ética —conquistar la libertad— en el filosofar sólo le parecía legítimo el ejercicio de la inteligencia con contenido empírico. ¡Qué esfuerzo el de Alejandro Korn para no desorbitarse, para amainar lo que sentía violentamente pero era ilícito dentro de su limpia posición filosófica! Esfuerzo de austeridad, de renunciamento, de prudencia, en un hombre que todo lo tenía de sobra.

No siempre pudo acallar sus convicciones entrañables, ésas que se le amotinaban en los posos irracionales del alma. Y en el ritmo de su sistema filosófico de pronto se interrumpe el discurso y mana el entusiasmo (de "enteos", tener dentro a Dios). Es que el filósofo ya no puede más. ¡Excesiva presión! Y aparece la fe en el mismo instante en que su pensamiento iba a precipitarse al escepticismo absoluto, al relativismo de todas las verdades y todos los valores; en ese trance patético, cuando el hombre se juega lo que le es esencial, Korn deja a medio terminar la coherente arquitectura de su teoría y levanta el penacho de la Libertad Creadora. En este punto de pasión y fe la inteligencia del lector ya no sigue a Korn; lo que se le adhiere tumultuosamente es la totalidad de nuestro espíritu. ¡Qué alivio! ¡Había algo seguro donde reposar la impetuosa vitalidad humana!

La ética de Korn es una inconsecuencia teórica excepcional. No tuvo otras. Y extremó tanto la fidelidad a su propio módulo, que fué estilizando su vida y su obra hasta reducirlas a manifestaciones intensas, mas delgadas. Pudo figurar en el primer plano de la vida mundana, pero prefirió la soledad; pudo volcar su saber y su ingenio en graves volúmenes, pero prefirió la estricta síntesis. Y en la soledad, y con su literatura escueta, Korn fué cincelando los perfiles de su magnífica persona. Tal afán de ser auténtico había, forzosamen-

te, de cristalizar en un modo original de decir. Así, los libros de Korn, además de su notable valor filosófico, se incorporan a la literatura nacional; y algunas de sus páginas —de *La Libertad Creadora*, de los *Apuntes Filosóficos*, sobre todo de *Axiología*— merecerían acceso a una antología de recia prosa española.

No era un esteta, pero mantenía su voluntad de estilo en tensión, y su prosa fué bellada con virtudes poco comunes en un país que desconoce el esfuerzo espiritual. Pensó con claridad y se expresó con claridad. El idioma de Korn es la piel sobre el músculo, una piel viva, ceñida y transparente, a cuyo través se ve el fluir del espíritu. No hay ningún tic, ningún postizo, ninguna insinceridad que enturbie o desvíe esa conversación directa, cordial, del autor con el lector. La rotundidad de cada creencia, la malicia de las intenciones, el relámpago de ironía o de fe, ¡hasta los hiatos en que el pensamiento desfallece y se interrumpe!, se trasluce en esa prosa con un dibujo sencillo. Son frases cortas, filosas, repletas de alusiones, impulsivas como sentencias, que desfilaron vertiginosamente con la presión de toda una vida de estudio y razonar. Dejan de lado lo retórico, lo subsidiario, el alarde erudito y el devaneo. Parecen hazañas espectaculares, como si el autor se estuviera haciendo apuestas: ¿a qué explico esto en una página?, ¿a qué defino aquello en cinco líneas? Las ideas se lanzan de un párrafo a otro —de un trapecio a otro, digamos— y es de admirar la elasticidad y precisión con que se enlazan después del salto arriesgado, sin perder el ritmo interior. Pero la entrelínea queda magnetizada. El lector colabora o se pierde. Korn dedicó sus libros a un lector ideal. Tenía escasa fe en los otros. Quien no capte la vibración humana, el cosquilleo a soterrados temas históricos, el envío polémico o el escepticismo que laten detrás de cada giro, se queda sin estimar lo mejor de la prosa de Korn, que está disparada hacia múltiples horizontes. Y él no nos da la clave. Su lector ideal no la necesita.

Korn cultivaba el orgullo de su propia filosofía. La sabía original y congruente. La originalidad de esa filosofía era haber florecido por sí sola en una conciencia argentina, sin trasplantes violentos, si, no sincrónicamente, por lo menos sinfrónicamente a la reacción antipositivista de Europa; su congruencia era pulcro cuidado de que no se mezclaran los modos del conocer. Y la expresó sin rodeos. Tanta seguridad de su valer redondea los párrafos en sentencias incisivas. Korn no cree revelar la Verdad, pero no iba a estar disculpándose de ello a cada instante; y sus páginas tienen el pecho alto de una posición definida. No por nada. Esas páginas no son titubeos: las ha escrito una inteligencia madura. Y es curioso: esa manera rotunda, a veces axiomática, de tratar los problemas, está en función de una espléndida flexibilidad mental. Nada más repugnante a Korn que el dogma, como que su filosofía es un sistema de negaciones que va rectificando la visión ingenua hasta acabar en el angustioso reconocimiento: "por ninguna vía tocamos la certidumbre". Pero tanto ajustó su lenguaje para no dejar nada suelto, que el estilo vino a cobrar una sobriedad tajante. Al lector desprevenido esta virtud de síntesis ha de parecerle intolerancia. ¡Qué le vamos a hacer!

Además, Korn escribía en un ambiente y en una época que obligaban a la polémica. Había que superar el positivismo y, sobre todo, la modorra de nuestras clases cultas. Su temperamento no se sentía tampoco incómodo en la polémica. Y dió a su filosofía un paso militante. La defiende como se defienden a los hijos. Y arremete contra lo que no encuadra en ella, con un tono zumbón o airado según la distancia a que él se ponga del contendor. Sus críticas bibliográficas*, precisamente, muestran al filósofo en la pelea. Korn no es un crítico que se instale dentro de la intención del autor enfocado para juzgar en qué medida logró expresar su men-

* Serán editadas en breve por "Claridad".

saje y qué lugar ocupa tal mensaje en la cultura vigente. Eso le interesa de paso. A lo que él va, agilmente, es a medirse con el otro, o a tomar un esfuerzo ajeno como pretexto para insistir en su peculiar cosmovisión, o a desbaratar el sofisma de las cosmovisiones que le disuenan. De aquí que esos ensayos críticos iluminen más bien el pensamiento de Korn, y no el de los autores en capilla. Tampoco Korn daba mucha importancia a sus lanzas rotas; se ve en el estilo, que en ellas se afloja aunque sin perder sus enérgicas cualidades.

Orgullosa de su propia originalidad, Korn guardó, no obstante, las distancias. Había educado el sentido de las jerarquías. No quería codearse con los mayores, y los amó sin promiscuidad, respetuosamente. Pero la historia de la filosofía es una curva abierta donde se van insertando los atisbos singulares, los destellos de individualidades poderosas. Y él, que hasta la muerte auscultó el íntimo latido y estilizó la arista, se sumó decorosamente a la historia del saber filosófico. El, y la Argentina.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

